

Una mujer de mundo

el paseo | central, 30

VERNON LEE

Una mujer de mundo

Un relato cortés

Traducción y notas

Pilar Lafuente

el paseo, 2023

Título original: «A worldly woman» (*Vanitas. Polite stories*, 1892).

© de la traducción y notas: Pilar Lafuente, 2023

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023

www.elpaseoeditorial.com

1.^a edición: abril de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: EL PASEO EDITORIAL

Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-28-1

DEPÓSITO LEGAL: SE-513-2023

CÓDIGO THEMA: FBC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor.

Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

Nota editorial IX

Una mujer de mundo

I	3
II	11
III	23
IV	35
V	47
VI	59
VII	69
VIII	77
IX	93

Nota editorial

No diré que este escrito de Vernon Lee estuviera precisamente destinado a perdurar, eso no. Y sin embargo, al leer los estudios de psicología femenina de Lee se sentía no sé qué deleite. Era como hojear un figurín de modas intelectuales de fines de siglo... Paul Bourget y Henry James marcaban la pauta. Una brillante comida de sociedad sugería la imagen de una orgía romana pintada por Alma-Tadema al protagonista de uno de aquellos relatos, un tal Greenleaf (que es como decir: Hojaverde, ¡nombre muy finisecular!), un tipo de artista decorador a lo William Morris, y socialista fabiano. Se cantaba al piano una romanza con palabras muy atrevidas de un poeta decadente francés; una biblioteca incluía una selección de Browning, un volumen de Tolstói, una *Imitación de Cristo* junto a algunas obras de budismo esotérico, una novela de Marie Corelli, *La princesa Casamassima*, de

Henry James. Las descripciones eran cuadros impresionistas franceses [...] Y a lo largo de todo el volumen resonaba una nota de reprobación y de lamento por unas existencias frívolas que malgastaban nobles cualidades dignas de ser empleadas en aliviar a los pobres: las miserias reales de la civilización industrial contrastaban con la vanidad de la vida de aquellos que hacían su agosto a costa del pueblo. Todo esto tenía una fecha: 1892.

En el caso de la escritora y crítica de arte Vernon Lee (seudónimo de Violet Paget, Boulogne-sur-Mer, Francia, 1856 - San Gervasio, Bresciano, Italia, 1935) hay que tener muy en cuenta esta última frase del crítico literario italiano Mario Praz. Lo hizo mientras se refería al libro donde se contenía esta *novelle* que presentamos aquí: «Todo esto tenía una fecha: 1892». Sin ese dato podemos caer en esa especie de contagio culturalista que repite con conformismo muchos de los tópicos –algunos incuestionables y otros claramente simplificadores– que se construyeron sobre ella. El propio Praz, que tanto podría deberle a Lee en su infatigable querencia como anglista, fue uno de los culpables, aunque sin duda no el que más, de esa imaginería de lo desechable que siempre detectamos en torno a Lee, quizás cercana a la verdad en muchos casos, quizás en otros altamente desajustada a causa de la indudable antipatía y la extraña distancia que suscitó el personaje.

Entre los habituales de ese restringido pero imponente club de conocidos y «admiradores» de Lee en su época están los James, William y Henry, Oscar Wilde, G. B.

Shaw, Edith Wharton, Whistler o Robert Browning, por citar a los más conocidos. Todos alababan la inteligencia, la erudición y la capacidad dialéctica de esta mujer. Pero todos le añadían coletillas, algunas muy displicentes, sobre su difícil trato, la falta de contención, el excesivo celo en las relaciones personales; también sobre sus vanos regodeos literarios y vitales en torno a determinadas maneras sociales, a artes, paisajes y estados que, a veces sin quererlo y otras decididamente, remitían equivocadamente a un vano y trasnochado «epicureísmo rococó» del que siempre se acusó a su admirado maestro en lides estéticas, Walter Pater.

Para el caso que nos ocupa, este «A worldly woman», una de las novelas que componen su colección titulada *Vanitas. Polite Stories* (1892), son muy interesantes también los costumbrismos críticos referidos a su escaso don para la narración convencional, para el relato no sobrenatural. «Sus novelas tienen escasa importancia», se repite en manuales, prólogos y reseñas. Pero deberíamos preguntarnos por qué alguien tan a todas luces dotada para el cuento de lo inquietante como Lee, a la que en esas mismas fuentes sí se considera precursora y a la altura de consagrados del género fantástico –véanse las comparaciones que se han hecho en este sentido de su obra con la de Isak Dinesen, M. R. James, Arthur Machen, Oliver Onions o E. F. Benson, todos ellos posteriores a ella–, podría haber escrito novelas de otro tipo tan poco brillantes y soportables. Siempre parece como si alguien tan encasillada en el esteticismo como ella solo pudiera ser brillante en la que, según confesó en alguna

ocasión, era su «segunda ocupación», el relato sobrenatural y de fantasmas, donde la dimensión problemática, sin duda, era muy otra. ¿O es que sus narraciones más realistas y psicológicas, escritas desde unos posicionamientos absolutamente distantes de cualquier convención, muy fijadas en los matices, incordiaban o desorientaban hasta en los ambientes más anticonvencionales de su época?

Siempre queda la sensación de que con Lee, quizás por su innegociable sinceridad y su carácter nada dado al amiguismo, tratamos de alguien radicalmente intersticial y, por ello, incómodo, reprobatorio e inasible para su tiempo. Como decía el crítico y ensayista Percy Lubbock en uno de sus retratos biográficos: «¡Qué figura! Edith Wharton la admiraba, pero apenas sabía cómo tratarla. Era imposible controlar o civilizar a Vernon Lee».

Varios factores de disidencia sitúan a Lee/Paget en una de esas intersecciones tan dadas al falso encasillamiento. No hay tanto de excéntrico como de invernadero en su vida, en sus posicionamientos y en su cultura. Y en ese sentido, respecto a su obra quizás importe tanto su aportación a unas condiciones ambientales como la propia flor finalmente cultivada. Cómo no iba a ser así con alguien tan desubicado, alguien con una crianza totalmente singular y desarraigada, que se dedicó de forma casi monástica a los estudios estéticos de ciertas épocas y manifestaciones ya por entonces muy olvidadas, mientras desarrollaba ideas novedosas y concepciones socialistas y feministas; que lo hizo en un terreno tan «inapropiado» por entonces para su género como para que ella misma ideara el uso de un seu-

diría la propia Lee en la dedicatoria general del volumen *Vanitas*, «alrededor de estos dibujos de mujeres frívolas se han reunido algunos de los pensamientos menos frívolos, sabe Dios, que jamás me hayan pasado por la cabeza; o más bien, tales pensamientos se han condensado y tomado cuerpo en estas historias».

NUESTRA EDICIÓN

Sin duda, «Una mujer de mundo» es el relato más brillante de la colección *Vanitas. Polite stories*, publicada originalmente por Vernon Lee en 1892, con la compañía de otras dos novelas cortas: «Lady Tal» y «The legend of madame Krasinska». La traducción y notas de la presente edición, así como la atinada propuesta de la publicación, han sido de Pilar Lafuente, que ha realizado su trabajo desde la segunda edición del volumen *Vanitas*, de 1911, donde se añade una cuarta historia: «A frivolous conversion». La nota editorial ha sido elaborada con información de textos dedicados a Vernon Lee por Mario Praz, Peter Gunn, Leonnee Ormond, Javier Marías, Menchu Gutiérrez y Amanda Gagel.

Una mujer de mundo

Un relato cortés

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

I

–Pero, mientras sus vasijas sean hermosas, ¿por qué debería importarle quién las compre? –preguntó la muchacha.

–Porque tal como son hoy las cosas, el arte solo engrandece el lujo de las clases ricas e indolentes. El pueblo, el pueblo que trabaja y que necesita de distracción y de algo que le hable de asuntos más alegres, no saca ningún beneficio del arte. La gente es demasiado pobre para poseer objetos hermosos, y está demasiado embrutecida para que les importen; la única diversión que se pueden permitir es emborracharse. Y estoy cansado de limitarme a añadir mi grano de arena a la desigualdad y a la injusticia de las condiciones sociales existentes... ¿no lo entiende, señorita Flodden?

Leonard Greenleaf enmudeció bruscamente. Su falta de aliento se mezclaba con la molestia de haberse

dejado llevar por sus ideas, produciéndole un vago sentimiento de cálida impotencia.

–Por supuesto –continuó, tomando un gran jarrón de loza dorada hispanoárabe, al que quitó el polvo mecánicamente con un plumero–, es absurdo hablar así de un tema como los jarrones, y hablarle de esta forma a usted.

Y levantando la cabeza, dirigió una furtiva y breve mirada a la muchacha, que permanecía de pie ante un rayo dorado de luz y polvo que se filtraba en su taller.

La señorita Valentine Flodden –pues ese era el nombre que aparecía en la tarjeta de visita que había enviado junto con la de los señores Boyce– constituía una estampa notablemente deliciosa en aquel halo ambarino: la luz verde de debajo de los plátanos se filtraba a través de la puerta tras ella, y en la penumbra marrón, brillos carmesíes y reflejos dorados parpadeaban dondequiera que un rayo de sol rozara un plato barnizado o una vasija, al ser acariciados por la cortina que se agitaba con la corriente de aire. Greenleaf sabía por alguna borrosa y olvidada experiencia, o por innumerables conjeturas, que aquella muchacha era lo que se denominaba, en la detestable jerga de un cierto círculo, una mujer hermosa. De igual modo, reconocía por su ropa –que era de aspecto masculino, mucho más sencilla y práctica que la de las jóvenes que él conocía, si bien revelaba un estilo de vida que no era en absoluto práctico ni sencillo– que pertenecía a aquel mismo círculo de personas; un

hecho que se traslucía asimismo en sus movimientos, sus palabras y su acento, o mejor dicho, en algo indefinible que había en su actitud que parecía desdeñarlo todo. Pero a él no le importaba que ella fuera hermosa. Su sentimiento era únicamente de vaga irritación por haberse permitido hablar ante una desconocida –informándole innecesariamente de su intención de abandonar la cerámica al año siguiente– sobre cosas que eran fundamentales en su vida; una extraña que había llegado con una tarjeta de visita para pedir consejo sobre su propio trabajo amateur, y que provenía de un mundo que le era tan ajeno y odioso: el mundo de la indolencia y del lujo. Además, se avergonzaba ligeramente de sentir un cierto placer, medio romántico y estúpido, en lo que en realidad era la inconsciente intrusión de una excéntrica que vestía a la moda. Resultaba evidente que esta muchacha, enviada por Boyce & Co. en busca de información que ellos no podían proporcionarle, creía que visitaba otra tienda; de no ser así, nunca habría acudido sola, y era obvio que le había tomado por un dependiente, o jamás se habría quedado tanto tiempo ni hubiera hablado con tanta libertad. Pero era mucho mejor que siguiera considerándole como tal; de hecho, ¿no se enorgullecía él de haberse sacudido todas las distinciones de clase y de haberse convertido en un trabajador como cualquier otro?

Fue este pensamiento lo que le hizo alterar su tono y preguntar con seria educación: